

BIBLIOGRAFIA

LOS DOMINIOS PERDIDOS

De *Jorge Teillier*

Fondo de Cultura Económica

México, 1992

Esta antología de la obra poética de Jorge Teillier, un autor del mayor interés entre los poetas chilenos que hoy bordean los sesenta años, produce una curiosa impresión de conjunto: la de una desconcertante continuidad. No hay mayores altos y bajos, ni mayores variaciones temáticas ni formales, a lo largo de toda su producción. Casi da lo mismo abrir la antología por cualquier página. Más aún: Teillier parece estar ensayando siempre el mismo poema, una y otra vez intentado con ligeras variaciones. Este poema arquetípico ocurre en la atmósfera casi mitológica de una aldea o ciudad menor del sur de Chile, con intensa participación de la naturaleza, donde los hombres deambulan entre oficios de menor cuantía, llueve mucho, los muertos pasan muy cerca de los vivos, a lo lejos cruza el eterno tren austral, y el poema que dice una y otra vez este mundo opera por acumulación de hechos, o mejor, por una secuencia ligeramente anecdótica de imágenes: más por enumeración lineal que por composición orgánica.

Elijo un poema representativo de este mismo poema reiterado: “Cuando ella y yo nos ocultamos / en la secreta casa de la noche / a la hora en que los pescadores furtivos / reparan sus redes tras los matorrales, / aunque todas las estrellas cayeran / yo no tendría ningún deseo que pedirles / (...) / El temporal del último tren / pasa remeciendo las casas de madera. / Las madres cierran todas las puertas / y los pescadores furtivos van a repletar sus redes / mientras ella y yo nos ocultamos / en la secreta casa de la noche”.

Frente al carácter más bien cosmopolita y urbano de la mayor parte de nuestra poesía contemporánea, Teillier se mantiene extremadamente fiel a una experiencia profunda de la tierra -de los lares del sur de Chile-, tierra que está situada en el pasado, a la manera de un paraíso perdido de la infancia, y que la palabra poética intenta una y otra vez recuperar, si bien cuando el hablante, al cabo de los años, regresa a esos “dominios perdidos”, lo que encuentra es más bien un agudo desencanto. Y es que ese reino perdido no se sitúa en ninguna latitud, y más bien debería llamarse “el país de nunca jamás” contenido en el título de su cuarto libro: es una edad dorada y legendaria que no tiene recuperación posible. De allí la continua y chilénísima melancolía que impregna todos sus poemas, casi sin excepción.

De allí también la relativa intemporalidad de estos poemas, donde los cambios sociales o políticos aparecen apenas como un lejano y neutral telón de fondo. Su lírica está más bien ligada a experiencias universales de la naturaleza, de la infancia, del amor y de la muerte: “Infiel como el ala de los pájaros infieles / Tú siempre serás mía: / Los eucaliptus sangraban, / Un caballo ciego fue a agonizar entre los rieles /

Porque no quería ver el fin de nuestro amor / Mientras se marchitaban los dedales de oro sembrados por un loco, / Tú siempre serás mía. / Infiel como el ala de los pájaros infieles”.

Más que lo intemporal, debería subrayarse quizá lo “arcaico” de este poeta, que vaga como el sonámbulo forastero de un paraíso perdido, como el testigo visionario -hoy forzosamente marginal- de una era primordial de lo humano, el tiempo anterior a todo tiempo que es propio del mito, como ocurre también con Holderlin y Trakl. Y, como ocurre con Rilke, el poeta se siente depositario de la experiencia ya casi perdida de las cosas, de esos objetos altamente humanizados por el trato y el uso y el amor, frente a las cosas vacías de humanidad que prodiga alrededor nuestro la sociedad de consumo. La nostalgia de esas “cosas” humanas impregna por todas partes esta poesía: “Este domingo me veo de nuevo en el salón / mirando revistas viejas y daguerrotipos / mientras tú tocas valsés en la pianola”. Tales objetos del uso humano se contraponen a la vaciedad de las ilusiones futuristas de la tecnología: “Frente al molino / descargan los sacos de una carreta triguera / con los gestos de hace cien años. / Los gestos son los mismos / aunque la tierra se llene de cohetes / que llevan hacia otros mundos”.

Siempre me ha sorprendido cuán lejos ha ido Teillier a buscar las claves formales de su poesía. No se le aprecia afinidad alguna con la tradición poética castellana, y esta distancia del idioma nativo se manifiesta en su visible imperfección y casi descuido del lenguaje. Tampoco ha sido la Francia de sus ancestros, con sus diversas vanguardias, la fuente de su inspiración. Tanto la atmósfera humana como el temple formal de sus poemas provienen de más allá: del mundo eslavo y germánico, que nos permite emparentarlo con S. Lagerlof, con H. Hesse, con O.W. Milosz, y sobre todo con Georg Trakl, cuyos lares nórdicos y presencias telúricas y aires preternaturales ha trasplantado nuestro autor a su experiencia nativa del sur de Chile. Es Trakl redivivo quien late en versos como éstos: “Y si te amo, es porque veo en ti la Portadora, / la que, sin saberlo, trae la blanca estrella de la mañana, / el anuncio del viaje / a través de días y días trenzados como las hebras de la lluvia / cuya cabellera, como la tuya, me sigue”.

Estos antecedentes nos ayudan a comprender mejor las deficiencias y las calidades de la poesía de Teillier. Sus poemas suelen carecer de estructura orgánica -de composición-, y en el aspecto fonético su sentido del sonido y del ritmo es particularmente pobre y desmañado, limítrofe con la prosa (sin tener relación alguna con la antipoesía). En cambio, su escritura se hace fuerte en el dominio de la imagen, verdadero eje formal de todos sus textos: por las imágenes nos revela secretamente ese mundo nórdico-austral que es por excelencia su universo poético.

También puede decirse que la suya es esencialmente una poesía de la memoria, volcada siempre hacia el reino perdido de la infancia humana. Y por último, la suya es una poesía de la observación calmosa y escueta, tan distante de las inmersiones

nerudianas como de las distancias parrianas frente a lo visto y sentido. A cada paso nos sorprende con ese don del sabio observar poético: “En el patio invadido de colas-de-zorro / un caballo se acerca a oler / la trilladora mohosa”. No todos los buenos poetas han construido un *mundo* arquetípico; el de Teillier se reconoce de inmediato como un inconfundible mundo poético que le ha sido dado habitar con cálida humanidad.

IGNACIO VALENTE

VEINTIUNO SON LOS DOLORES

De *Violeta Parra*

Selección y prólogo de Juan Andrés Piña

Colección Quinto Centenario, Santiago, 1992, 148 págs.

Es un acierto esta nueva edición de setenta y cinco letras de canciones de Violeta Parra, muchas de ellas procedentes de su puño y letra, otras arregladas o rehechas a partir de algún tema tradicional preexistente, y algunas pocas, por fin, simplemente recogidas de las vetas más puras de nuestro folclore. Se sabe que Violeta iba y venía por los rincones más apartados de nuestra geografía, grabadora en mano, detectando las raíces ancestrales y más entrañables del cantar de nuestro pueblo, imitando, corrigiendo, recreando, o produciendo ella misma la letra y música de sus canciones, siempre arraigadas en el genio popular y en ese sortilegio único de la poesía y la música de la tierra.

Sé que al comentar esta selección incursiono por un terreno dentro del cual carezco de competencia. Primero, porque se trata de la auténtica poesía popular, no de la lírica culta que uno tiende a veces a tomar como si fuera toda la poesía. Y luego, porque se trata de letras de canciones, no destinadas a leerse con los ojos mentales y silenciosos de la letra impresa, sino a oírse con una voz de timbre preciso, personal, chilénísimo e inconfundible. Pero también creo que desde mi propio dominio puedo aportar algún testimonio en torno a la grandeza y trascendencia de esta poesía.

Siempre me ha sorprendido la estupidez de las letras de las canciones -de cualquier especie que sean- que uno suele oír. Ya canten penas de amor, ya exalten la naturaleza, ya aborden una tragedia íntima, suelen ser increíblemente vulgares y necias, por lo menos cuando se les quita la música y se las lee como textos líricos. Y no es una excepción la que suele pasar por música folclórica chilena, esa que cantan con voz impostada cantores disfrazados de huasos, repitiendo la eterna historia del sauce, del estero, de las faenas campestres vistas con ojos de ciudad: exotismo de